



Juana, La Hija Modelo

Había una vez un labrador francés, padre de ocho hijos, con tantos aprietos para mantener a todos sus pequeñuelos, que se vio precisado a mandar fuera de casa a su hija Juana, a fin de que se ganara la vida como sirvienta.

Recibió Juana cierto día una carta en que se le anunciaba que su madre estaba paralítica en la lejana choza, y su padre le hacía saber que era necesaria allí su presencia para cuidar a la infeliz enferma. Juana se fue, pues, a su casa, y desde aquel día no abandonó más a su madre.

Podemos figurarnos cuánto debió sufrir al ver a su madre querida sin esperanza de curación. Juana la consoló y se dispuso a convertirse en madre para el resto de la familia. Se levantaba temprano; preparaba el desayuno, limpiaba la casita y luego se iba a ganar algunas monedas trabajando en el campo. Nunca estaba demasiado cansada para sentarse al lado de la madre y distraerla contándole cuentos.

Pero aún ocurrieron más desgracias. A poco el anciano padre enfermó de gravedad, y en sus ataques convulsivos solía morder a Juana mientras ésta le cuidaba. A pesar de todo, la buena hija, con sus manos llagadas, atendía los quehaceres domésticos, cuidaba de su madre y ocultaba a la vista de sus padres sus penas y heridas.

Por espacio de diez años se consagró al cuidado de sus familiares, y cuando el padre murió, ella tuvo que ganar el sustento para toda la familia.

Aprendió a tejer la seda, trabajó en el campo y mantuvo a su anciana madre, mostrándose siempre con ella extraordinariamente cariñosa. Un día le dijo la madre que le gustaría ir a la iglesia, y Juana la acarició prometiéndole complacerla. Para trasladarla a la paralítica tomó un sillón con la mano izquierda y tendió la derecha a la enferma para que se apoyara en él. En cuanto su madre daba tres o cuatro pasos, Juana la sentaba en el sillón. Tardaron tres cuartos de hora en llegar a la iglesia, que se hallaba a poca distancia de la choza.

La gente decía a Juana que debía llevar a su madre al asilo.

“Sé que estaría mejor”, respondía la muchacha, “pero, ¿quién le daría el cariño que yo le doy?”

Esta era el gran secreto de Juana: la ternura, como solía decir la valerosa joven:
Dios nos conserva a nuestros padres para que cuidemos de ellos.

Ella se alimentaba con el pan más ordinario y unos cuantos nabos, y a su madre le daba carne, pan blanco y toda la leche que les facilitaba el pueblo. Si alguien le regalaba ropa de abrigo para que no se resfriara cuando trabajaba en el campo, Juana se la ponía a su madre, después de haberla arreglado a su medida.

La choza estaba escrupulosamente limpia, muy aseada y alegre. La gente iba a admirarla, y todos convenían en que Juana se había convertido en madre y la madre en niña pequeña. Eso hacía reír a Juana, quien, gozosa, daba palmadas al oírlo.

Al cabo de veinticinco años de tan ejemplar conducta, la historia de Juana llegó a oídos de un hombre rico y bueno, y la abnegada hija obtuvo el premio de heroísmo. Toda Francia se enteró de su historia. So noble conducta es el orgullo de sus conciudadanos.